

Arodita

la hermosa





© EDICIONES DiQueSí, s.l.
© de los textos, Joan Holuz & Suzanne Williams
© de la traducción, María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera

diosasdelolimpo@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com

ISBN:978-84-941615-3-7
Depósito Legal: M-21468-2014

© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid 2014

Impreso en España por CYAN, Proyectos Editoriales, S.A.



ALADDIN

An imprint of Simon & Schuster Children's Publishing Division

1230 Avenue of the Americas, New York, NY 10020

First Aladdin paperback edition April 2010

Text copyright © 2010 by Joan Holub & Suzanne Williams

All rights reserved, including the right of reproduction in whole or in part in any form.

ALADDIN is a trademark of Simon & Schuster, Inc., and related logo

is a registered trademark of Simon & Schuster, Inc.

For information about special discounts for bulk purchases, please contact Simon & Schuster Special Sales at

1-866-506-1949 or business@simonandschuster.com.

The Simon & Schuster Speakers Bureau can bring authors to your live event.

For more information or to book an event contact the Simon & Schuster Speakers

Bureau at 1-866-248-3049 or visit our website at www.simonsspeakers.com.

Designed by Karin Paprocki

0611 OFF

8 10 9 7

Library of Congress Control Number 2009019170

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor



índice



1- A VUELTAS CON LOS CHICOS PÁG. 13

2- EL CAMBIO DE IMAGEN PÁG. 29

3- LA FIESTA PÁG. 43

4- HIPÓMENES PÁG. 59

5- DE COMPRAS PÁG. 73

6- EL RUMOR PÁG. 91

7- EL BOSQUECILLO DE OLIVOS PÁG. 105

8- EL ENFADO PÁG. 119

9- LA CARRERA PÁG. 131

10- PAREJAS PERFECTAS PÁG. 143

11- LAS ROSAS ROJAS PÁG. 153





Capítulo



A VUELTAS CON
LOS CHICOS





frodita se desplomó en la silla justo cuando la lira anunciaba el comienzo de la clase de Ciencia Heroica. Empezaba otro día en la Academia Monte Olimpo.

Mientras se colocaba su **despampanante** melena rubia detrás de sus delicadas orejas, se dio cuenta de que no había un solo chico en aquella clase que no tuviera los ojos clavados en ella.

Pensó que con las prisas de la mañana, *a lo peor* se había manchado los dientes de carmín o tenía el pelo hecho un desastre. Sin saber qué hacer, sonrió a uno de los dioses que tanto la miraba. Era un centauro, mitad hombre-mitad caballo, y sentarse en una silla con cuatro patas es complicado, así que su sitio estaba





al final de clase, de pie. La mirada de Afrodita y de sus centelleantes ojos azules le hizo ruborizarse. Se hizo el despistado y miró hacia el techo.

Otros alumnos, por el contrario, seguían mirándola con descaro. Su admiración **SALTABA** a la vista. Ignorándoles, Afrodita alcanzó su bolso y sacó el pergamino de texto de Ciencia Heroica. Como era la diosa del amor y la belleza, solía despertar este tipo de expectación, y los chicos no conseguían resistirse a su hipnótica belleza: con solo una mirada suya, terminaban perdidamente enamorados. Toda su vida había sido así, y no es que ella tuviera la culpa, claro que no. Simplemente ocurría.

Buscó con la mirada a Atenea, sentada una mesa más allá, y cuando vio que estaba en su sitio intentó llamar su atención. Llevaban toda la semana debatiendo en clase los asuntos de los jóvenes y las doncellas mortales, algo que a ella le resultaba muy curioso, y quería preguntarle si había oído algo sobre unos rumores que circulaban a cerca de una doncella de la Tierra que corría tan rápido como el viento. Más incluso que cualquier chico o cualquier bestia.





Pero como siempre, la nariz de su amiga estaba pegada al pergamino. Antes de que Afrodita consiguiera la atención de su amiga, Medusa se sentó detrás de Atenea, interrumpiendo el campo de visión con las sibilantes serpientes que se retorcían en su cabeza. Sus lenguas zigzagueaban amenazantes cuando Medusa señaló a Afrodita con una de sus largas uñas verdes y le dijo con desprecio:

—Casi llegas tarde. ¿Algún problema, *Burbujas*? —Medusa y sus espantosas hermanas, Esteno y Euríale, nunca desperdiciaban la oportunidad de burlarse de Afrodita y de sus orígenes marinos.

—No, ninguno —repondió enseguida la diosa del amor y la belleza. No estaba dispuesta a admitir que se había quedado dormida y dar a Medusa otra razón para hacer *bramitas* a su costa. Seguro que si se enteraba empezaría a llamarla *Bella Durmiente* o algún mote por el estilo.

Antes de que su *pesadilla* pudiera seguir con sus comentarios hirientes, el señor Cíclope terminó de hablar con un alumno y, en cuanto su único pero descomunal ojo se dirigió a la clase, los cuchicheos se quedaron mudos.





Afrodita se preguntaba sobre qué iría la clase de hoy. El día anterior se habían quedado con la pregunta del profesor Cíclope sobre cómo, cuándo y cuánto deberían ayudar a los mortales a los que protegían. Como a ella le encantaba socorrer a enamorados en apuros, estaba deseando continuar con el tema, pero los chicos habían empezado a preguntar sobre guerras y armas, algo que a Afrodita no le interesaba demasiado.

Así que buscó el papiro de notas rosa en su bolsa, y comenzó a dibujar corazoncitos con su pluma roja favorita.

El Sr. Cíclope se aclaró la voz.

—... Así que me gustaría que hoy analizáramos la siguiente pregunta: ¿creéis que las doncellas mortales tienen que casarse?

Con la sorpresa, la pluma se le resbaló de las manos. ¡Esto sí que era interesante!

“A ver cómo se las arreglan los chicos para desviar el tema hacia las armas y las guerras”, pensó Afrodita mientras levantaba la mano.

—Sí, dinos, Afrodita —cedió la palabra el señor Cíclope.



—No me gustaría ver a ninguna joven soltera. Creo que todos deberíamos tener la oportunidad de enamorarnos.

—Pero, ¿y si la joven prefiere estar sola? —preguntó Atenea—. ¿Y si ella está interesada en otras cosas, como viajar por todo el mundo, ser la mejor en algo, o... o inventar algo importante?

Afrodita la sonrió. Claro, Atenea nunca se había enamorado, pero le gustaría ver qué respondía después de su primer flechazo. Seguro que pensaba diferente.

—Bueno —respondió la diosa del amor con dulzura—, a lo mejor alguna piensa eso porque no ha encontrado al chico adecuado.

Poseidón levantó su tridente, que como siempre goteaba y ~~salpicaba~~ todo lo que le rodeaba.

—Eso es porque los chicos preferimos la vida de soldado —aseguró.

—¡Sí! —afirmó otro dios—. La guerra triunfa sobre el amor.

—¿Ah, sí? —exclamó Afrodita con los ojos fuera de sus órbitas—. ¿Y qué creéis que contribuye más a la supervivencia de la especie humana? ¿Eh?

El señor Cíclope la sonrió.



–Buen punto de vista –comentó.

En aquel momento el sistema de megafonía comenzó a hacer ruidos raros.

–¡ATENCIÓN, dioses y diosas! –retumbó la ensordecedora voz del director Zeus. Todos se llevaron las manos a las orejas, incluido el profesor Cíclope–. En diez minutos comenzará una conferencia sobre los carros y la seguridad vial. ¡TODOS AL AUDITORIUM!

Bastante sorprendido, el señor Cíclope murmuró algo sobre las interrupciones en horario escolar. Pero entonces suspiró y dijo:

–Está bien, clase. Por favor, poneos en fila junto a la puerta.

Normalmente Afrodita agradecía la oportunidad de escaparse de clase un rato, pero no aquel día, con ese tema de conversación tan interesante que habían comenzado. Además, la charla de seguridad vial al volante se repetía **toooodos** los años, y resultaba aburridísima. ¿Quién no sabía que hay que controlar la velocidad en las curvas porque el carro podía volcar? ¿Y que jamás se debe volar directamente hacia el sol? ¡BUF! ¡Qué rollazo!

Tras la conferencia, en la que Zeus hizo una demostración en directo para hacer algo nuevo esta vez,





llegó la hora de la comida. Afrodita estaba muerta de hambre. Mientras esperaba en la fila junto a sus inseparables amigas –Atenea, Artemisa y Perséfone– su estómago empezó a rugir como un volcán a punto de entrar en erupción.

–Vaya, parece que alguien tiene hambre –dijo Artemisa mientras las demás se reían.

–Pues sí, y mucho –afirmó Afrodita un poco ruborizada.

No lo dijo muy alto, pero por el *revuelo* que se montó, cualquiera diría que lo había gritado a los cuatro vientos: varios dioses que estaban más adelante en la fila, buscaron a la dueña de la voz y comenzaron a llamar su atención.

–¡Quédate con mi sitio, Afrodita! –exclamó Poseidón, que le sacaba una ventaja de unos diez puestos. Se dirigió hacia ella, salpicando a todo el que se acercaba a su tridente.

Ares, que según Afrodita era el dios más guapo de toda la Academia, miró desafiante a Poseidón:

–¡Mira por dónde vas salpicando, *Cara-de-pep*! –gruñó mientras se sacudía los pies para deshacerse del agua que le había arrojado Poseidón sin querer.





Sin saber qué decir, el dios del mar echaba chispas por los ojos, situación que aprovechó Ares para dirigirse a Afrodita—: Toma mi puesto. Por favor, insisto —añadió mostrando su sonrisa más encantadora.

Afrodita no sabía qué hacer. Ares podía resultar a veces bastante **chulito**, pero tenía que confesar que había algo en él que le resultaba... En fin, irresistible. Era **tan** fuerte, **tan** rubio, con unos ojos **tan** azules... Que devolviéndole la sonrisa dio un paso hacia él.

Pero Atenea no le dejó dar el siguiente. Sujetándola por el codo, susurró a su amiga:

—Estoy segura de que no vas a permitir que te cuelen. No sería justo para los que están delante de nosotros.

—Vaya, tienes razón —dijo Afrodita retrocediendo.

—¡Eh, Afrodita, ven aquí conmigo! —gritó Atlas. Presumiendo de bíceps, levantó a un dios flacucho que estaba junto a él por encima de su cabeza—. Mira, te puedes quedar con el sitio de Hefesto.

Retorciéndose para liberarse, Hefesto protestaba:

—¡Bájame, cabestro!

Afrodita suspiró.

—¡Por el amor de todos los dioses, Atlas! ¡Déjale en paz!



—Si tú lo dices... —respondió el abusón dejando a Hefesto en el suelo.

Fue entonces cuando estalló una fuerte discusión entre Ares y Poseidón.

—¡Pero bueno! —exclamó Perséfone enroscándose un mechón de su cabello rojo alrededor de su dedo índice—. ¿Queréis parar? ¡Os vais a hacer daño!

—Perséfone tiene razón —dijo Atenea—. Parad de una vez, ¿estamos en la guardería o qué?

Avergonzados, los dos muchachos dejaron de empujarse.

—Agradezco vuestra atención —intervino Afrodita, con voz encantadora pero seria—, pero esperaré mi turno igual que los demás.

Unos minutos después, cuando por fin se sentó con sus amigas en su mesa preferida, Afrodita sumergió la cuchara en la **deliciosa** ambrosía, pero dos cucharadas más tarde apartó a un lado el tazón y dejó de comer. Estaba demasiado enfadada para terminárselo, a pesar del hambre que tenía.

—¿No te gusta? —preguntó Artemisa mientras pensaba en lo rica que estaba la ambrosía. Sus tres cachorros, un sabueso, un *beagle* y un galgo, que la

 acompañaban a todas partes, estaban tumbados a su lado.

—No es eso, es que estoy harta de los chicos. Están tan obsesionados con guerras y armas que ahora también pelean por mi atención.

—¡Pobre! —exclamó Perséfone mientras tomaba otra cucharada—. ¡Más de una diosa moriría porque uno de esos chicos se diera cuenta de que existe! Aunque, claro —añadió inmediatamente—, no podría porque somos **inmortales**.

—Pues yo creía que te gustaba toda esa atención —dijo Atenea, cerrando el pergamino azul de Ciencia Heroica que estaba repasando mientras comía.

Afrodita se encogió de hombros.

—Pues no. Si hoy se acerca otro dios para ofrecerse a llevar mis pergaminos o ayudarme a hacer los deberes, os aseguro que grito.

—¿De verdad? —preguntó Atenea frunciendo el ceño—. Has dicho en clase que todo el mundo debería tener la oportunidad de enamorarse.

—Estaba hablando de mortales —aclaró Afrodita—. Y además, una cosa es que un chico te dé la lata, y otra muy distinta es que esté enamorado de ti. —Siempre





se preguntaba dónde estarían esos dioses que pululaban a su alrededor como moscas si ella no fuera tan guapa. Y lo cierto es que no podía saberlo, porque ella había nacido hermosa y así había permanecido durante toda su vida.

—Pero a la mayoría de las chicas les gusta que esos chicos estén pendientes de ellas —insistía Atenea. Quería que Afrodita también entendiera su postura, porque igual que ella, algunas doncellas podían preferir centrarse en estudiar.

—Si no te conociera tan bien —dijo Afrodita elevando una ceja—, pensaría que a lo mejor tú eres una de ellas.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ja! —exclamó Atenea—. Te aseguro que eso es lo último que tengo en la cabeza. —Y volvió a pegar la nariz en el pergamino, esta vez en el de Bellezología.

Afrodita intercambió miradas cómplices con Artemisa y Perséfone, que rápidamente cambiaron de conversación. Pero la diosa del amor y la belleza se quedó pensando en Atenea: sacaba matrícula de honor en todas las asignaturas y era la diosa más inteligente que conocía. A pesar de ser la más pequeña de la clase,





estaban en el mismo curso, pero hasta este momento jamás había mostrado curiosidad por el tema de los chicos. Muchos de ellos la ignoraban, y a lo mejor era porque notaban su indiferencia.

Atenea levantó los ojos del pergamino.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada —respondió Afrodita con suavidad.

Pero mientras Atenea volvía a sus estudios, la cabeza de Afrodita comenzó a **FUNCIONAR** más rápido que el carro que Zeus había conducido aquella mañana. En solo unos segundos sacó la conclusión de que a Atenea no le importaría que los chicos le prestaran un poco de atención. Y aunque ella estaba harta de los dioses y de sus payasadas, emparejar a otros le resultaba de lo más emocionante. Tal vez las cosas no habían funcionado entre Paris y Helena, con esa molesta guerra de Troya y todo eso, pero no podía decirse que Afrodita no lo hubiera intentado.

“¡Eso es!”, pensó animada. Si era capaz de encontrar el amor para los mortales, ¿por qué no intentarlo con una diosa? Estaba decidida a utilizar todo su *talento* para ayudar a Atenea a descubrir su primer amor. Aunque sabía que iba a necesitar un buen plan.





Afrodita golpeteaba sus uñas pintadas de rosa sobre la mesa, mirando de reojo la larga, aunque descuidada, melena de Atenea. Se fijó después en su cara, sin nada de color, y en su desgarrado quitón blanco. Y entonces la idea vino sola: ¡un **cambio de imagen**! Eso era lo que su amiga necesitaba para que los dioses de la A.M.O. se dieran cuenta de que existía.

Ahora que tenía su plan, estaba impaciente por ponerlo en marcha.

LA HISTORIA
CONTINÚA...

EN TU LIBRERÍA
FAVORITA

novedad@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com